

LA SEÑORA STRUBEL ME HABLÓ DEL SEÑOR STRUBEL O LOS VIEJOS CAMARADAS NUNCA MUEREN.

PRÓLOGO

Conocí a la señora Strubel en su villa de Sausalito. La bahía de San Francisco era un esplendor aquella noche de luna llena. Yo estaba dando unos cursos en San Diego y unos amigos que fueron comunistas me presentaron a aquella dama insólita, que había sido conductora de una ambulancia durante la guerra civil española. Allí conoció a Joe Strubel, un soldado de las Brigadas Internacionales, que luego fue guionista en Hollywood hasta que lo incluyeron en la lista negra de Mac Carthy.

La señora Strubel me sirvió un whisky y ella se puso otro haciendo caso omiso de sus ochenta años. Entonces me contó tres historias de su marido, que había muerto unas semanas antes delante de unas cámaras de televisión.

NO SE SUICIDÓ

-Joe era un hombre de buen humor pero sufrió de una fuerte depresión cuando aquello -¿se acuerda usted?- de los incidentes armados en la frontera chinosoviética. Precisamente yo estaba en China y él, en París, en casa de unos camaradas franceses de las Brigadas. Allí estuvo a punto de suicidarse, bajo aquella gran melancolía que le produjo la noticia de que se había derramado sangre entre comunistas por un asunto de fronteras. Así me lo contó:

-Lo había preparado muy bien. La cuerda con su lazo bien hecho y la viga apropiada, pero no había contado con la radio, en la que un locutor estaba tratando del suicidio en el mundo moderno. Según cierta encuesta, la mayor parte de los suicidios se producían colgándose los malaventurados suicidas de una cuerda. Entonces yo miré la mía en mi mano y me sentí vulgar en cuanto al procedimiento. A continuación me enteré de que los sesenta y cinco años era la edad media de los suicidas en aquellos años. Yo acababa de cumplir sesenta y cinco años, y me pareció que una cosa tan importante como mi muerte no podía alimentar aquella vulgaridad estadística. Así que decidí tirar la cuerda por la ventana y tomarme, para asumir aquello de la sangre derramada, un buen trago de ginebra. El camarada francés llegó al poco y me preguntó, como él solía hacer:

-Ça va ?

-Ça va -le dije, y era verdad. Estaba bien.

PROTESTAMOS CONTRA LA GUERRA EN EL GOLFO

-Esto fue apenas dos meses, ya los dos muy viejos, la verdad -continuó la señora Strubel-. Sobre todo él, que andaba muy mal del corazón. Éramos un poema de arrugas y de achaques. Pero nos llamó la atención, leyendo el periódico, que una coordinadora pacifista convocaba a los ciudadanos de la zona a manifestarse contra la guerra en el Golfo Pérsico. A las once de la noche habría que salir a nuestros balcones o verandas y hacer algún estrépito que llamara la atención sobre el horror de los bombardeos. Pensamos que nadie lo haría en nuestro barrio, porque la mayor parte de nuestros vecinos son muy carcas -¿sabe usted?-. Pero tampoco pudimos dormirnos, y serán las once menos diez cuando yo me levanté de la cama, y en seguida vi que Joe se había levantado antes que yo. Quise encender la luz para verlo mejor pero él me lo impidió con un gesto.

-No se puede encender la luz. ¿No leíste a la Coordinadora? Ha de ser en la oscuridad.

-Es cierto -le dije-. ¿Pero qué tienes ahí?

-Creo -me respondió- que es lo más apropiado.

Lo que me enseñó me hizo recordar los tiempos de España. Eran dos carracas -así las llaman ustedes- que se usan para hacer ruido en la Semana Santa, el viernes, cuando se hace el oficio de tinieblas. Soy un poco antropóloga y me traje notas de las costumbres de allá. Eran una carraca grande y la otra más pequeña, de sonido más agudo. A mí me dio la pequeña, porque el machismo se agazapa en cualquier parte, ¿no es verdad?

De modo que salimos a la veranda y miramos hacia la bahía. Era un gran silencio.

-¿Qué hora es?

-Falta un minuto -me dijo Joe después de mirar su reloj, que tiene una esfera verdosa, como ve (la señora Strubel me enseñó el reloj que ella misma llevaba en su muñeca), y al poco añadió con un acento casi solemne-: Ahora, ahora; ya.

Giramos nuestras carracas en la noche, hicimos nuestro ruido. Nos pareció que también algún pequeño estrépito venía de acá o de allá, de la lejanía, o de Alcatraz. Todavía seguimos un rato, solos, serios, girando nuestras carracas. ¿Qué pensarían los vecinos?

No sabemos, pero nosotros protestamos así contra la guerra imperialista en el Golfo Pérsico.

MURIÓ DIGNAMENTE

-La muerte ha hecho famoso al pobre Joe -continuó la señora Strubel- y ya sabe por qué. Lo invitaron a esos estudios de TV de Los Angeles, para que diera su opinión

sobre la guerra. Yo traté de disuadirle porque estaba ya muy mal el pobre Joe. Pero él insistió y dijo que los viejos camaradas nunca mueren y que él se sentiría muerto si no acudía a aquella cita para combatir dialécticamente a esa banda de reaccionarios que dirigen los medios de comunicación. Así que yo misma lo llevé en nuestro automóvil, pues me encuentro bastante bien y aún pienso dar alguna guerra aunque ahora, sin Joe, me falta algo.

"Su papel era muy importante porque tenía que defender nuestro espíritu, o sea, el de los viejos brigadistas de la Lincoln durante la guerra de España.

"Yo lo estaba viendo en un monitor, allí al lado, y me di cuenta de que él estaba haciendo un esfuerzo. Ese periodista amigo de Bush -¿cómo se llama ese, digamos, hijo de puta?- estaba haciendo una apología de la guerra, y al poco Joe pidió la palabra. Con aire digno y tranquilo dijo que lo que estaba sucediendo en Irak era uno de los grandes crímenes en la historia de la Humanidad, tales bombardeos sobre las poblaciones civiles. De pronto dejó de hablar.

-Me temo -dijo- que no me encuentro en condiciones de proseguir esta conversación.

Se recostó dulcemente en su butaca, y es que había muerto.

FINAL

Me escriben mis amigos de California diciéndome que la señora Strubel también ha muerto hace una semana. Yo estoy llorando mientras escribo estas líneas.

Hondarribia, 5 abril 1991